

ESTUDIOS DE VIAGES.



SEGUNDA SERIE.—1836.

El gran perdon de Santa Ana de Auray.

AÑO XIV. 34.

LA PEREGRINACION DE SANTA ANA DE AURAY.

I.

Santa Ana es muy venerada en toda la Bretaña como su patrona, y puede decirse que su fiesta y su peregrinacion duran todo el año; pero las épocas solemnes son la Pascua de Pentecostés, Santa Ana, la Navidad, San Luis, San Miguel, y todas las fiestas de la Virgen.

Estábamos en los últimos días del mes de mayo, y ya los peregrinos aflujan de todas partes para uno de los grandes perdones de Santa Ana fijado en el domingo y lunes de la Pascua de Pentecostés.

Subimos á una altura desde donde se abarcaban con la vista ocho caminos; y delante y detrás de nosotros, á derecha é izquierda, vimos una multitud de hombres, de mugeres, de niños y de ancianos, dirigiéndose todos hacia la iglesia de Keranne. Los unos marchaban separados para que nada turbase su recogimiento; los otros recitaban en comun sus oraciones en alta voz; otros sostenian sus pasos rápidos arreglándose al compás de los cánticos: un gran número se detenía y se arrodillaba al pie de las numerosas cruces que se elevan en el camino: aquí una familia entera caminaba por órden; el abuelo delante del padre y de la madre; el hermano llevando de la mano á la hermana, y cada uno llevando á su vez en brazos á los chiquititos: allí un niño ó un perro guiaba á un pobre ciego que iba á pedir la vista á Santa Ana: finalmente, filas de cojos, de paralíticos, de sordo-mudos, de enfermos, de mendigos, sobre todo, con el rosario en una mano y el palo en la otra, con la calabaza colgada al cuello, y la alforja á la espalda. Aquellos que de dos en dos se apoyaban sobre un brazo fraternal eran jóvenes esposos recientemente casados: estos que los seguian con ojo envidioso eran novios suspirando por la misma felicidad.

Divisamos en la multitud un desgraciado que se arrastraba sobre las rodillas y las manos, mientras que su hermana ó su muger imploraban la caridad de los que pasaban. Nos dijeron que aquel hombre era un carpintero del obispado de Rennes que se habia roto las piernas al caer de lo alto del techo del palacio de Justicia. Despues de haber agotado todos los recursos del arte en los hospitales, se habia decidido á recurrir á Santa Ana, y habia hecho voto de ir al *perdon de la Pentecostés*. Desde el mes de abril habia salido de su aldea; habia ido arrastrándose de pueblo en pueblo, y habia llegado al puertecito de Mesac. Allí un barquero por caridad le habia dado pasaje hasta Redon. En Redon no tenia medios de seguir su camino; aumentaban sus dolores; faltábale el pan; iba á morir de dolores y de hambre, cuando un arriero le llevó con sus caballos hasta las inmediaciones del camino de Vannes, donde le vimos.

La persona que nos acompañaba y que nos servia de cicerone la echaba de hombre despreocupado, y así nos dijo que aquella tropa de mendigos, y nos enseñó una docena de pobres diablos cubiertos de llagas y de harapos que caminaban prodigando las señales de la mas ardiente piedad, eran devotos por procuracion, eran peregrinos

mercenarios: estaban pagados por hermosas señoras afligidas con jaquecas ó vapores, para hacer el viage en su lugar á razon de tanto por legua. No dejeis de seguirlos en sus devociones nos dijo, á Keranne, y vereis que los que los envian gastan bien su dinero. Este oficio produce mucho desde mediados de mayo á mediados de setiembre. Tambien á Santa Ana van pescadores de todas partes, á quienes reconocereis en su fervor como á esos mendigos, á pedir á la santa que se pierdan muchos buques en la costa á fin de que puedan despojar los muertos y recoger los restos del naufragio.

Estas confidencias de nuestro cicerone nos hubieran hecho perder mucho de ilusion sobre la piedad de los bretones, pero tuvimos un encuentro que nos edificó, confundiendo hasta á nuestro filósofo cicerone. Marchaba una soberbia carretela tirada de dos magníficos caballos de gran precio con una librea á la moda. Un buen mozo de treinta años, que evidentemente era su propietario, la seguia con la cabeza descubierta, los pies descalzos, y un rosario en la mano, como el último de los aldeanos.... Era mas chocante su penitencia cuanto que habia en su porte y en sus modales todo el aire de un hombre del gran mundo. Una sortija de brillantes resplandecia en su dedo al lado del grosero báculo.... Creimos hasta reconocer uno de esos elegantes que habiamos muchas veces visto brillar en las butacas de la Opera, y en las carreras de caballos de los campos de Marte.

Caminaba el elegante peregrino hacia mucho tiempo detrás de su carruage, porque sus pies se hallaban amaratados é hinchados, sus ricos vestidos cubiertos de polvo, y su pálido rostro estenuado de fatiga.... Todo el mundo se detenía á mirarlo.... formábanse indiscretos grupos en torno de él.... y él parecia contento con aquella humillacion que redoblaba el ardor de su celo.... Hacia sucesivamente subir en su carruage los enfermos y los mendigos mas miserables, cuyo pan negro regado con lágrimas comia, mientras que á ellos les prodigaba todos los cuidados solícitos de su caridad, todas las dulzuras de su riqueza, y esto sin orgullo, sin ostentacion, con la amable solicitud de una hermana de la caridad....

¿Era esta una controversia notable? ¿La espiacion de un crimen? ¿Un voto misterioso y terrible?..... Perdíamos en las conjeturas mas estrañas, y nada podiamos alcanzar.

De pronto nuestro cicerone exaló una exclamacion de asombro: acababa, con otros curiosos, de reconocer al hijo de un rico propietario de Auray, que habia dejado el pais hacia cinco ó seis años. Esto es todo cuanto pudimos saber entonces de aquel enigma; pero nos propusimos aclararlo en Santa Ana, donde no dejaríamos de volver á encontrar al peregrino....

Seguimosle algun tiempo con ojos conmovidos, y así entramos enteramente preocupados en Vannes.

Vannes es la ciudad donde murió el grande y milagroso santo español San Vicente Ferrer. Despues de haber pasado, y descubierto humildemente nuestras cabezas delante de la habitacion donde murió San Vicente Ferrer, continuamos nuestro camino para Auray.

El camino no es nada variado ni divertido. Llegamos á Auray. Las mugeres de Auray pasan con razon por las mas hermosas mugeres de la Bretaña.

II.

Alzabase radiante en un hermoso y puro cielo, el sol de Pentecostés.... La campana de Santa Ana nos llamaba á la capilla del Perdon: nos apresuramos á emprender el camino con los peregrinos, reservando para nuestra vuelta el visitar la ciudad de Auray, donde hay algunas antiguéddades góticas.

Hasta entonces habíamos contado los piadosos viajeros por centenas; ahora los contamos por millares: era todo un pueblo en peregrinacion Venian de las playas del mar, de los desiertos de las Landas, de las torres, de los castillos y casas de campo, del centro de las ciudades, y del fondo de las aldeas. El ruido de los cánticos nacionales, de los cánticos sagrados, de las baladas de Santa Ana, de las oraciones de todos y de cada uno, redoblaban, al mismo tiempo que la multitud que cubria los gritos de los mendigos que llenaban el camino. Parroquias enteras llegaban con sus estandartes á la cabeza y con su clero. Aquellos estandartes y aquellas cruces se saludaban al encontrarse, y aquellos torrentes diversos se unian en un gran río, que se desarrollaba y se extendia hasta perderse de vista.... Y aquellas poblaciones en masa caian de rodillas como un solo hombre, al divisar en el horizonte el campanario de Santa Ana.

Es superior á toda ponderacion el número de las personas que acuden hasta la distancia de mas de sesenta leguas, todos los años, á estas peregrinaciones. Seria preciso un volúmen entero, para escribir los detalles de esta procesion sin número y sin límites.

En medio de una tropa de niños, una muger pálida todavía, una piadosa madre llevaba una sábana blanca desplegada: es su mortaja que habia preparado para sepultarse ella misma: empero sus hijos la han salvado prometiendo la peregrinacion, y toda la familia cumple con su voto; y los pequeños como los grandes cantan acciones de gracias á Santa Ana; y el sudario convertido en bandera de libertad, va bien pronto á ondear en las paredes de la capilla.... Pescadores de Noyayo se adelantan con los pies descalzos, cubiertos de sangre, los vestidos hechos trizas, cargados de una larga tabla erizada de clavos llenos de orin. Aquella tabla es el último resto de su barca; es la tabla de salvacion arrojada por Santa Ana á sus suplicantes manos. Las buenas gentes no dudan, porque lo han visto, que es ella la que los ha salvado sonriendo su hermoso rostro en la tempestad, y al resplandor de un relámpago. Así ¡con cuánta fé vienen á traer su sencilla y sublime ofrenda!....

Buscábamos hacia largo tiempo entre la multitud al peregrino de la carretela.... El guía que llevábamos lo reconoció, y nos lo enseñó de nuevo. No llevaba ya su carruaje ni su escolta de mendigos, pero caminaba siempre con los pies descalzos; y dos familias del pais le acompañaban: la suya, desde luego que tenia todas las trazas y la apariencia de la comodidad y de la riqueza: despues dos pobres ancianos, y sus seis hijos mas pobres todavía, entre los que brillaba como una rosa en medio de las espinas, una jóven en la flor de su edad y de su belleza. Aquella jóven estaba anegada en lágrimas, y echaba sobre el peregrino una mirada tan conmovida y tan tierna, que sospechamos que habia entre ellos alguna interesante historia....

Nos propusimos aclarar aquel misterio, tanto mas cuanto que acercándose al oído nuestro cicerone nos dijo: —Estoy á punto de descubrir lo que hay. Yo lo sabré todo esta noche, y os lo contaré.

III.

Llegamos en fin, sobre el teatro del gran Perdon.... En medio de una plaza muy hermosa, adornada de grandes castaños, se abre una piscina en piedra, alimentada por manantiales vivos, formando un paralelógramo de setenta y cuatro pies sobre cuarenta y seis, cortada por debajo de un ancho monte, flanqueada de escaleras en forma de anfiteatro, dividida en tres estanques octógonos, de que el último prolongado en hemicíclo rodea con sus aguas el pedestal de Santa Ana. Desde esta plaza, la calle de los Mercaderes conduce por tres puertas al pavimento de la capilla. Esta levanta en el centro su cruz latina, y su torre cuadrada de ciento cincuenta pies de alto. Detrás del altar mayor está la sacristía, coronada con una bóveda sostenida por cuatro columnas de mármol, y que sostenian el coro abierto sobre la iglesia por una arcada. Mas allá se estiende el antiguo claústro de los Carmelitas, con su calvario, sus grandes edificios, sus magníficos jardines, sus abundantes prados, sus altas arboledas de castaños, y sus estanques de agua limpia y llenos de peces. A derecha é izquierda del pavimento, dos galerías sirven de abrigo á los vendedores de rosarios, de medallas y de figuritas de la santa, de marfil y de barro.... Estas galerías se reunen encima de las tres puertas, por dos escaleras que suben á la *Scala Sancta*, encima de la cual hay un altar que domina un gran arco debajo de una elegante cúpula: veinte mil almas pueden oír la misa celebrada en este altar.

Todo esto presenta un aspecto oriental, muy imponente todavía, á pesar de las profanaciones y las mutilaciones de la revolucion de 1793.

Echase de menos entre otros adornos de la *Scala*, un grupo de piedra representando el *Ecce Homo*, obra muy preciosa del siglo XVI, reemplazada ademas por un hermoso fragmento de un retablo de los franciscanos de Auray.

Pero lo que atrae particularmente la vista de todos en aquel modesto templo, son los millares de *ex-votos* y milagros colgados de las paredes por los peregrinos: muletas, grillos, figuras de cera, navíos en peligro, ofrendas de todas clases; y sobre todo sencillas pinturas demostrando la curacion de todos los males, la salvacion de todos los peligros, y aun la resurreccion de muchos muertos. La mayor parte de estos cuadros tienen una sencillez que la falta de arte hace todavía mas interesante. Es tal su número, que es preciso renunciar á describirlos, y la vista sola ademas, puede dar únicamente una idea de su carácter. Allí se encuentra uno en la plena edad media, en el tiempo de los exorcismos, canonizaciones y milagros....

El milagro hoy en el Perdon mismo de Santa Ana en 1836, son esos innumerables peregrinos, sitiando los altares y los confesonarios, amontonando ante la patrona las ofrendas, los rosarios, las imágenes de marfil, desfilando al pie de la *Scala Sancta*, bajo las bendiciones de los sacerdotes, empujándose por llegar á la fuente saludable, y bebiendo allí en sendos tragos el olvido de los padeci-

mientos, confundidos los pequeños y los grandes, los ricos y los pobres, los jóvenes y los viejos, ofreciendo la mas inmensa y mas curiosa mezcla de costumbres y de trages que puede verse, acampando los unos en la llanura como un ejército de cruzados, los otros entregándose en público á todos los escesos de la devocion, llevando sobre sus hombros á sus padres ó á sus hijos enfermos, trayendo á los moribundos en su carreta de bueyes, arrastrándose al rededor de la capilla con las rodillas y las manos, llenando el aire con sus cantos ó sus oraciones, ó con sus gritos de agonía ó de reconocimiento, reasumiendo, en fin, en aquella pequeña aldea todas las miserias, todas las alegrías, todas las esperanzas, y toda la fé del mundo.

Como nos habian anunciado, los mendigos y los mercenarios ejecutan por algunos ochavos todas las habilidades de penitencia, ostentando sus mas asquerosos harapos y sus mas horribles llagas, muchas veces improvisadas la vispera, en una palabra, recordando todos los dolores verdaderos ó falsos, todas las filosofías y todas las escenas de la antigua corte de los milagros.

Si Dios creyese preciso volver á herir el mundo como á Sodoma y Gomorra, encontraria en Auray bastantes creyentes para desarmar su cólera. Ademas la historia de la peregrinacion de Santa Ana basta para esplicar su popularidad: lo pasado hace comprender lo presente y lo porvenir.

IV.

La via romana que conduce de Auray á Keranne, era un camino sagrado antes de Jesucristo, y los paganos, tal vez los druidas mismos, adoraban allí uno de sus dioses, como los católicos honran hoy á uno de sus patronos. El hecho es que la primera capilla de Santa Ana fué edificada en tiempo de los romanos: que cayó de vejez en 699, y que volvió á levantarse en 1624 de este modo.

Habia en Keranne un buen hombre llamado Ewan Nicolacik, temeroso de Dios, amante de sus prójimos, rezando todos los dias á Santa Ana, y administrando justicia sobre la piedra del portal de su casa como San Luis bajo la encina en Vincennes. Una de sus tierras en Bocenmo ocupaba el sitio de la antigua capilla. El cielo bendecia cada cosecha, pero sucedian cosas estrañas: sobre el suelo que cubria los restos del templo hacia novecientos años se encabritaban los bueyes bajo el aguijon, quebraban la reja y los arados, y metian los cuernos en tierra.

Una tarde volviendo Nicolacik de Auray, vió en los aires un brazo de muger salir de una nube con una luz encendida: otra tarde percibió en la fuente inmediata á una cueva, una muger blanca, con largos cabellos negros, un manto dorado, y que despedia una luz dulce y penetrante. Reconoció á la buena Santa Ana, y fué á contar su vision al cura, que era uno de los frailes capuchinos que acababan de establecerse en Auray. El cura se burló de él y lo despidió de mala manera. Sin embargo, Nicolacik oía por la noche los pasos y los cánticos de una multitud que llegaba á Keranne. Por tercera vez volvió á ver la patrona, y aquella vez le habló. «Ewan, le dijo, yo aqui era honrada en otro tiempo en este pais, como lo soy en tu casa: te encargo que restablezcas mi capilla.» El débil es fuerte con la gracia del Señor. Nicolacik no tenia con que edifi-

car ni una cabaña; sin embargo, juró levantar un templo. Llamó á sus parientes y á sus vecinos; fué con ellos á Bocenmo; cavó la tierra de los surcos con un azadon, y encontró la antigua estatua de Santa Ana.... Nueve siglos habia pasado enterrada al pie de una encina, sin mas honores que las flores de la primavera, y el cántico de los pájaros en sus nidos.

Ewan y los aldeanos levantaron la sagrada imágen, la adornaron con los adornos mas sencillos, y la cubrieron con un oratorio de ramage. Allí acudieron peregrinos de todas partes con sus ofrendas. Multiplicáronse de tal manera estas ofrendas, que un templo de granito reemplazó por último la capilla de ramas.

Todos ayudaron y contribuyeron á este trabajo: unos llevaron la piedra; otros la madera, otros los carros; este sus instrumentos, aquel su celo, y todos sus jornales y sus brazos.

Asi fué reedificada por pobres aldeanos la capilla de Santa Ana. En vano quisieron oponerse á esto el cura y un señor llamado Keriulet, hombre poderoso, porque este al cabo de algun tiempo tuvo que convertirse, abandonando sus riquezas y su castillo, é hizo en la misma capilla de Santa Ana una vida penitente. Aun se enseña en la iglesia el sepulcro de Nicolacik, y de Keriulet, y en la sacristía se vé la máscara de cera de este célebre penitente, algunos trozos de su túnica, y su sombrero en figura de cono truncado.

Recorrimos el registro de la cofradía de Santa Ana, y hallamos inscriptos en él los mas grandes reyes y los mas altos personajes. Ana de Austria y Luis XIII, que llevaron á Keranne una reliquia engastada en cristal de roca y plata: el papa Urbano VIII, fundador de la cofradía y todos sus sucesores. Luis XIV y Felipe de Orleans; los príncipes de Condé, María Teresa, Enriqueta de Inglaterra, María Lekcinska, reina de Francia: el desgraciado Luis XVI, la reina María Antonieta y todos los nombres mas distinguidos y célebres de la Francia.

Los dones preciosos de estos ilustres cofrades desaparecieron casi todos en la revolucion de 1793. Pero los fieles bretones conservaron la capilla y la cabeza de la antigua estatua, que se ve aun bajo un fanal en el pedestal de la nueva. Al convento de carmelitas, que habia antes en Santa Ana, ha reemplazado un seminario, y las ofrendas continúan siendo tan grandes y tan brillantes como antes. Estas ofrendas se elevan algunas veces, cuartito á cuarto, hasta millares de duros. Seguramente solo la fé puede crear las grandes cosas y presentar semejantes espectáculos.

Muchas veces durante el dia encontramos al peregrino de la carretela delante de la capilla de la Scala Sancta.... Despues lo perdimos de vista en medio de los torrentes de aquella muchedumbre.

V.

Impacientes estábamos por saber su historia. Al fin nos la contó nuestro cicerone, diciéndonos:

—Hace cinco ó seis años dos jóvenes dejaban á Auray: el uno era Adriano Floic, el peregrino que nos ocupa, el otro su amigo desde la infancia, Renato Kerbal. Hijos de aldeanos propietarios los dos, habian hecho sus estudios

en Santa Ana para consagrarse al estado eclesiástico; pero faltándoles su vocación titubeaban en volver á tomar los calzones anchos y el sombrero de aldeanos. Sin embargo, Kerbal se resignaba á ello, cuando Floic, vino á arrancarle de su propósito, como á Cincinato del arado. Acababa de recibir una carta en que le anunciaba tener trescientos mil francos de herencia, dejados por un tío que había muerto en Ultramar.

El plan de Adriano estaba hecho: daba la cuarta parte de la herencia á sus padres, á quienes así ponía desahogados; é iba á triplicar el resto en algun tiempo á París, ofreciendo á su amigo veinte mil francos por acompañarle.

Kerbal aceptó, y se marchó con Adriano, á pesar de las instancias de su familia. En vano su anciano padre trató de disuadirle de su propósito, y hacerle ver que podía perderse en aquella gran ciudad. Contestó que iba á enriquecerse para todos; y dirigiéndose á su hermana mayor la dijo al abrazarla, á media voz: Yo aseguraré tu dote.

María de Kerbal, educada cristiana y modestamente, era un ángel de belleza, de talento y de virtud. Adriano Floic había pensado primero pedir su mano, lo que hubiera colmado los tiernos deseos de la jóven; pero el corazón del heredero había dado vueltas como la rueda de la fortuna, y ni aun notó la desesperación que dejaba en Auray.

Renato lo notaba, y trató de consolar á su hermana.

Tres años después los dos amigos figuraban en primera línea entre los elegantes de París... Adriano, sobre todo, ganaba maravillosamente el oro al juego y á la bolsa: era el ídolo de la mugeres, el héroe de la ópera, el prototipo de la moda. Concluyó por olvidar su origen, su familia, y por creer en su estrella como Napoleon. Esta confianza le dió mas osadía, y multiplicó sus negocios con éxito.

Escitado por él quiso seguirle Renato, y se hizo pedazos como el jarro de barro contra el jarro de hierro: deslumbró á sus parientes con la felicidad de su amigo; los decidió á arriesgar su modesta fortuna entre sus manos, asociándolos así á sus locas empresas, y privándolos de la medianía, bajo pretexto de hacerlos ricos.

Adriano Floic desde lo alto de su orgullo no vió únicamente el naufragio de Renato, que por una rara delicadeza no quiso agarrarse al autor de su pérdida. Este, además, hastiado de todos los placeres, cansado de todos los goces, acababa de recordar que era hombre recibiendo un golpe fatal.

Perdidamente enamorado con una pasión de cabeza, y no de corazón, de la hija de un alto personage, se había visto rechazado como antiguo aldeano, y despedido con desden: ni aun se había dignado batirse con el hermano de la soberbia señorita. Este ultraje conocido y difundido por todo París, estravió el cerebro de Adriano: juzgóse deshonrado sin recurso; se vió humillado por los que él confundía la víspera, y no tuvo valor para abandonar el mundo, quiso mejor morir que no volver á aparecer en él infamado.

Errante un día en las orillas del Sena, ya apoyaba la pistola sobre su sien, cuando una dulce mano vino á detener la suya...

Volvióse y vió bajo la humilde papalina de Auray á María Kerbal, la hermana de su amigo, el ángel de sus primeros amores.

María había adivinado la ruina de su hermano y de su familia. Se había estremecido por Renato, y por Adriano tal vez: había marchado á pie desde Auray, viviendo en el camino con algunas economías, y había llegado á París aquel mismo día. Después de haber consolado á Renato había sabido la desgracia de Adriano, y el hermano y la hermana habían corrido á salvarle.

Floic reconoció en aquella señal el dedo de Dios. Al aspecto de aquella jóven tan perfectamente bella, tan admirablemente buena, todos los puros sentimientos de su infancia se despertaron en él.... Su permanencia en París le parecía una delirante pesadilla.

Júzguese cuáles serían sus remordimientos al saber los tristes efectos de su ejemplo y de su conducta: la ruina de Renato Kerbal y la de su familia reducida á vivir de la pública caridad.... Tal era la profundidad del abismo en donde había sin saberlo sumergido á aquellos infelices.... Sus instancias arrancaron la declaración de esto con lágrimas de María....

Su plan de retiro y de espionaje se fijó desde entonces: volvió á su casa con sus dos amigos. Realizó los títulos de su fortuna, que todavía ascendían á treinta mil libras de renta, y había ganado el triple y comióse el doble de ello en cinco años. Escribió á su padre y al padre de Kerbal dos cartas que encargó entregar á Renato y á María. Rogó á éstos se adelantasen á él para ir á Bretaña, citándoles en el perdón ó peregrinación de Santa Ana; y partió en efecto cinco días después de ellos... Esto sucedía en la última semana.

Llegado á la parada de Nantes, baja Adriano de su carretela, é instala en ella, en su lugar, á mendigos, y comienza descalzo por el camino la peregrinación de que fuimos testigos. En Auray encuentra y abraza á sus parientes y á los de Renato.

El aspecto de la familia Kerbal fué su mas cruel castigo. Aquella choza, que él había visto risueña de felicidad y aseo, le parece hoy á las cabañas mas miserables del Morbihan.... Personas y animales vivían allí juntos.... Los padres cubiertos de harapos; los hijos casi desnudos... la alhacena sin pan, y la despensa sin sidra; la colmena sin abejas; los rostros sin sonrisa: las gracias de María brillan únicamente en aquella desolación como el rayo del sol en un campo devastado....

Las dos familias siguen á Adriano al Perdon, cual las hemos visto.... Se pasó el día en devociones y en rezos.... María es siempre el ángel de la guarda del que ha salvado....

Llegada la noche, Floic llevó su doble escolta á casa de su padre. Convoca allí á todos los mendigos de Santa Ana, y les distribuye diez mil francos contenidos en su carretela.... Saca todavía otras dos cantidades iguales que envía al alcalde y al cura: después, como toda buena función dijo, debe tener sus fuegos artificiales, puso fuego con sus propias manos á la rica y magnífica carretela.

Jamás se había visto nada semejante desde la conversión de Keriulet. Dispóse la multitud asombrada y puso ronse á la mesa las dos familias.... los pobres.... Kerbal a lado de los ricos Floic; María á la derecha de Adriano; y Renato á su izquierda: todo el mundo aguardaba con ansiedad el desenlace. Bebimos á la salud del hijo pródigo. Sus padres olvidaron sus sacrificios con la felicidad de

volverlo á ver, y una vaga esperanza disipa el dolor de los Kerbal.

Al final de la comida, levántase Adriano gravemente; pide á su padre el *Jupen* y el *Bragon*, los calzonzos y el sombrero que llevaba antes... Abre su padre un armario, saca los humildes vestidos y los entrega al elegante jóven. Este se los lleva estrechándolos contra su corazón; se quita su elegante traje y vuelve á presentarse bajo el vestido de breton. Los Kerbal lloraban, y María no se atrevía á mirar á Adriano por miedo de desmayarse de alegría.

Adriano la mira, y le ruega que lea al viejo Kerbal la carta que le había dado en París.

La saca María de su pecho, empero no puede terminar su lectura.

Floic daba en ella la tercera parte de su fortuna á Renato y á sus padres, y pedia á estos con su perdón la mano de María, para participar la segunda parte: cedía, por fin, la última tercera parte á sus propios hermanos y hermanas en la carta que su amigo entregó á su padre al mismo instante!

Tal era la reparación de Adriano. ¿No valía tanto como su penitencia?

No nos es dado describir los trasportes de las dos familias. Esto sería echar á perder el cuadro que acaban de ver nuestros lectores.

Al día siguiente visitamos las familias de Floic y de Kerbal con nuestro cicerone. Reconocimos perfectamente

á Adriano, á quien cien veces habíamos visto en la bolsa, en los boulevares, en el café de París y en el paseo del bosque de Bolonia. Llevaba los calzones anchos y el chaleco de jerga con la misma gracia y con el mismo aire que el frac y el pantalon. Sus blancas manos, que no tardarian en ennegrecerse, manejaban con destreza un pesado azadon: en fin, jamás hombre alguno se había hecho aldeano con mas gracia y de mejor humor.

Admirando nosotros su valor y generosidad,

—Caballeros, nos dijo con una sonrisa filosófica, envidiadme mas bien: he dejado una cosa mala por una buena; una cosa dudosa por una cierta; la sociedad por la naturaleza; la riqueza por la comodidad; el placer por la dicha.

María apareció al decir estas palabras, fresca y risueña, á la entrada de un patio, y no pudimos mirarla sin dar la razon á Floic.

Su hermano y sus padres la seguian, llevando tambien impresa la alegría en el rostro. Aquel cuadro solo valía los tesoros sacrificados por Adriano.

—Además, caballeros, añadió este último llevándonos á la puerta de su cercado, decidme, ¿hay decoracion alguna de la ópera que pueda compararse á esta?

Dejamos escapar un grito de admiracion á la vista de una perspectiva que Walter Scott hubiera envidiado para su Escocia.

ESTUDIOS MORALES.

EL SUEÑO Y LA REALIDAD.

¿En qué sueñan las muchachas? ¿En qué puede soñar esa que acaba de dormirse á el pie de ese hermoso árbol del jardin? Tiene diez y ocho años, es rica, es bonita, y hace algunas semanas que oye cuchichear en torno suyo la palabra matrimonio, que la pone pensativa al retirarse á su cuarto todos los días, despues de comer.

Ha pensado tanto hoy, ha escitado tantas miradas curiosas, como un niño que anda atisbando por encima de la pared de la cerca que lo separa de ese Eden envidiado en que se había dormido. Mirad: su fisonomía se anima: una sonrisa vaga por su rostro, y sus labios se separan dulcemente como para hablar. Es que el sueño ha continuado sus delirios del porvenir, y desarrollado en los complacientes giros de su alma toda la Odisea de la vida de una mujer del gran mundo, todos los goces que se promete una jóven ambiciosa cuando haya salido de la tutela, y la llamen señora.

Ved por de pronto, un jóven hermoso como el día, con sus guantes de color de barquillo fresco, y una corbata intachable, que la pide en matrimonio. Está enamorado. ¡Pobre hombre! No vive: y además ¡tiene tan buena traza! ¡se presenta tan bien! El jóven se ruboriza; se inclina; y la mamá pone las dos manos la una en la otra.

—Creo que es un vizconde.

¡Qué magnífico *trusó* de boda! Adórnase la jóven como una sultana de las *Mil y una noches*; desplega los chales; hace saltar las perlas; se prueba las pulseras y los pendientes. ¡Es un éstasis y un arroboamiento indecible! ¡Pobre Julio! ¡cómo me ama!

La jóven novia camina al altar, púdica, con los ojos bajos, cubierta con el largo velo blanco. Oye murmurar á su paso que parece un ángel. El órgano canta su entrada en la iglesia, mientras que se dirige al altar mayor: los parientes dignos y conmovidos como corresponde, se alinean detrás de ella: todo el mundo se agolpa para verla: los sacristanes y monaguillos están llenos de celo; y el cura les dirige como arenga la epístola de San Pablo en estilo noble.

La berlina aguarda á la puerta; los caballos golpean impacientes el suelo; el lacayo se inclina respetuoso ante su señora. Sube la señora; se sienta al lado del novio sobre mullidos almohadones, y marcha. ¿Dónde? A el país donde florece el naranjo, en Italia, en España, en Suiza: á las orillas de los lagos, á las casitas rústicas y á las neveras; á todos los lugares gratos á la novela. El tren lanzado á todo galope, devora el camino; y los aldeanos asombrados contemplan el rico carruage; á la señora vizcondesa, y á las botas del postillon.

Es la moda en las gentes de gran tono pasar la luna de miel en el fondo de la soledad, lejos de importunos, y en alguna casa de campo misteriosa y linda. Pero como la luna de miel de la nueva pareja tiene trazas de querer du-



El sueño y la realidad.

rar siempre, es preciso pensar en volver á Madrid. Ademá, llega la estacion de los bailes, de las tertulias, de las *soirées*. ¿Y qué sería de los salones donde se dan funciones si la señora vizcondesa no estuviese allí para inaugurarlos? La recién casada hace su entrada en el mundo como en un país conquistado. Maneja coquetamente el abanico en el centro de un semicírculo de contempladores. Desgrana las perlas finas de su sonrisa y de su divina palabra. Domina, tiene talento, hace palidecer á todas las mugeres de alrededor. Un elegante caballero la lleva al piano, donde ejecuta de una manera brillante y magistral *el Aria de la Favorita*, en medio de murmullos de aprobacion, de aplausos, y de continuas felicitaciones.

¡El baile, el baile comienza! La señora vizcondesa baila con la gracia de una sifide. Así es preciso ver los aires inclinados, las miradas admiradoras de sus cortesanos. Ninguna otra puede disputarla el cetro del baile, y su librito está lleno de invitaciones nuevas, porque todos piden bailar con ella.

No te despiertes, joven, todavía: ¡te quedan tantas cosas por ver! El paseo al Prado, á la Fuente Castellana, con el traje de amazona que te sienta tan bien, al lado de tu marido, y entre los ginetes aristocráticos que pasan como sombras encorvándose sobre el cuello de su caballo para llevarte su saludo.—El palco en el Teatro Real y en la Zarzuela.—Esa gran comida de que tan graciosamente haces los honores; ese magnífico retrato en donde revives, bajo el pincel de Federico Madrazo ó de Lopez, esos dos ilustres artistas de nuestra época. ¡Cuánto goce, cuánto desvanecimiento!

Despierta, hermosa dormida, ahora que ya todo lo has visto: al menos tal lo crees tú. No has olvidado más que una cosa:—una cuna, donde se ríe y se llora á la vez: un niño rubio, con color sonrosado, y que te llame *mamá*. No sueñas en esto todavía: soñarás mas tarde, tanto, que una mirada de aquel pequeñuelo, yo lo espero, te hará olvidar todo lo demás.

J. M. G.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LA CRIMEA.

Ha sido esta comarca recientemente teatro de sucesos tan grandes que ha adquirido mas celebridad de la que en otros tiempos tuvo por la belleza y feracidad de su suelo, y la gloria de sus antecedentes históricos. Tantas veces hemos tenido que escribir en nuestro MUSEO DE FAMILIAS, especialmente en el año anterior al describir la gigantesca guerra de Oriente, el nombre de la Crimea, que creemos será grato á nuestros lectores una rápida descripción del teatro en donde se ha representado el último gran drama que ha tenido por actores á cinco grandes naciones, y por espectadores á la humanidad entera.

Se sabe que en una época muy remota en historia, y muy reciente en geología, las aguas del Mar Negro cubrían todavía los terrenos que hoy surcan el Bog, el Dnieper, el Don, cuyos solos afluentes serian grandes rios en el Occidente. Entonces no presentaba aquella inmensa sábana de agua mas isla que una larga cadena de rocas inclinada al Sudeste, cuyo nudo principal dominaba las aguas que le rodeaban á mas de mil quinientos metros de alto. Aquellas aguas se han ido retirando poco á poco: entre las montañas al Sur, y las llanuras al Norte ha salido un llano pantanoso, y las lagunas han cedido á su vez el sitio á una estepa y un bosque. Así se ha formado la Crimea.

El espectáculo que presenta este país, visto desde el camino de Moscou á Perekop y á Sebastopol, es de los mas encantadores para el viajero acostumbrado á las monótonas inmensidades de los paisajes de la pequeña Rusia. A los desiertos de la Tauride del Norte suceden desde que se pasa el istmo las innumerables poblaciones tártaras. El suelo ha cambiado poco: siempre es la llanura lisa y pelada, empero poblada de una raza enérgica y activa

que ha sacado del suelo todo el partido posible. Por momentos el camino cortado de valles, que anima una vegetación mas risueña, sube al pliegue del terreno en donde corre el Salghir, y llega á Sinferopol, linda y pequeña ciudad rusa levantada en el punto de intersección de los cuatro grandes caminos de la península; ciudad principal administrativa destinada en el pensamiento de los fundadores á hacer olvidar su vieja y pintoresca vecina Batchi-Serai, la ciudad sagrada de los Kanés. Al salir de Sinferopol el llano cesa para dar lugar á las ásperas bellezas de la montaña: el camino, casi derecho desde el istmo, se convierte en una ondulante cinta que pasa y repasa cinco veces el Salghir para ir á dar en Tchatur-Dagh, *La Mesa*. (*Trapezon* de los antiguos griegos). Las gargantas de Tchatur-Dagh son el caos: pero la cumbre es el mas magnífico *Belvedere* que se puede imaginar, aun despues de haber admirado las orillas de Génova, desde lo alto de los Alpes Ligurios. La comparación no es demasiado atrevida para los que han tenido la rara y fatigante felicidad de costear el litoral del Mar Negro desde Ai-Todor hasta Aloucha.

La Crimea es un rombo irregular de cerca de cincuenta y siete leguas desde el istmo hasta la punta Parthenica, y de ochenta y una desde la punta Tarkanski á Yenikaléh. Puede dividirse este vasto territorio en dos partes: la montaña y el llano. Este hemos visto que es un terreno de aluvion: el trabajo de la retirada de las aguas puede estudiarse todavía en el Nordeste á lo largo de la laguna Sibas, que tiene todavía el espresivo nombre de Mar Pútrido.

El Sibas, no es tanto un mar como una larga laguna salada separada del mar de Azoff por una cinta de arena de algunas pulgadas únicamente de elevación sobre el nivel de las olas. Por parte de tierra ofrece numerosas grietas y salinas importantes. Un pequeño boquete dominado por el valle de Yenitchei es el punto por el que vierte en

el mar de Azoff el tributo de los ríos que recibe, el Salghir, el Kara-Sou (agua negra) y algunos otros.

Este boquete ha tenido en el siglo último cierta importancia histórica. Hace setenta años que pasaron por él los rusos é invadieron la Crimea por el surco de arena de

unos metros de aquellas dos vastas sábanas de agua salada que encierran la Flecha: extraordinario efecto de la capilaridad que ha sido recientemente notado por los viajeros.

La montaña Taurica es una banda de una anchura me-



El mariscal Pellissier, duque de Malakoff.

que acabamos de hablar. Este surco se llama *Flecha de Arabat*. Presenta una singularidad curiosa, y es la existencia de muchos pozos (kopani) de agua dulce, que se ha hallado medio de hacer saltar, separada únicamente al-

dia de nueve á diez leguas: protege toda la península desde las rocas terciarias del Kersoneso hasta las colinas rojas del Kertch, que dan frente á la península de Taman, tan conocida por sus curiosos volcanes de lodo.